

UNAS PINTURAS PROPIEDAD DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE FIGUERAS

POR

RAMÓN REIG COROMINAS

En la Escuela de Artes y Oficios de Figueras, guárdanse unas cuantas obras pictóricas de destacado interés, las cuales, a su debido tiempo, formarán el lote inicial del Museo local.

Creemos sería conveniente, se diese a conocer el material artístico que atesoran las diferentes poblaciones de la Provincia, tanto aquel que se guarda en Centros de carácter Oficial como el de propiedad particular con el fin de poder formar el Catálogo artístico de la comarca gerundense. De esta forma se evidenciaría nuestra riqueza artística a la vez que se evaluarían, con seguridad, aquellas obras poco consideradas por sus propietarios, facilitándose material de estudio a la vez.

Hace un par de años, celebróse en nuestra Ciudad, una exposición de pintura, escultura y grabado, todo procedente de colecciones privadas, exposición a la que se dió en llamar de «Arte cautivo» y en la cual se pudieron admirar gran cantidad de lienzos cuya existencia era para muchos completamente desconocida, llegando así, al público, cuanto podían admirar los amigos y entrantes de las casas de sus poseedores. Fomentóse con este motivo el coleccionismo y el cariño hacia la obra de arte traduciendo en nuevas adquisiciones y el que se desarraconase y desempolvase cuanto se sospechara pudiera tener un cierto valor arqueológico, con el fin de reivindicarlo.

Entrando de lleno al tema que me he propuesto, hago constar no daré detalles sobre las pinturas cedidas en depósito por el Ministerio de Educación Nacional y si, solamente, a las procedentes de legados y propiedad exclusiva de la Escuela.

El grupo más importante, que consiste en dos acuarelas y tres óleos, lleva la firma de Antonio Caba, el retratista más destacado de su época y excelente profesor, forjador de una legión de artistas discípulos suyos. Sin ninguna duda, estas cinco pinturas, pueden figurar todas ellas entre las más importantes que produjera el maestro.

Las llamadas «academias» eran de rigor en los pintores de la época, así como las «cabezas de estudio» y, de cada caso, tenemos una bella muestra en el tema de desnudo masculino y en la cabeza de viejo, ambas de gran calidad.

En el desnudo, vemos al maestro conocedor y poseedor de un oficio sólido; trabado y firme de dibujo y bello de colorido, su ejecución es decidida y su factura elegante, logrando apartarse de la típica «academia» por la innata distinción característica en Caba. La luz, bien dosificada, produce un bello efecto de claro oscuro. El tamaño, un poco menor del natural.

Pese a lo bien construída y trabajada, sin menoscabo de su valor, encontramos menos interesante la «cabeza de estudio» cuyo modelo, un viejo de barbas canosas, ha sido transcrito con una fidelidad rigurosa.

Un profesor que fué de nuestra Escuela, fallecido hace pocos años, D. Sebastián Escapa (e. p. d.), muy enterado en materia de arte y dueño de un rico anecdotario, contaba en cierta ocasión, refiriéndose al desnudo citado, que fué una labor preparatoria realizada por Caba en vistas a las oposiciones que realizó para obtener la Cátedra de Colorido en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, plaza que obtuvo después de una reñida competición con Simó Gómez.

Finalmente destaca por su gracia, simplicidad y elegancia, una bella cabeza de mujer tratada a la manera de un boceto. Muchas veces hemos dudado de si se trataría de un estudio o de un retrato, pero nos inclinamos a creer en lo último. Apenas insistido, su pincelada es breve sin que por ello pierda en solidez. La cara es el único fragmento resuelto con especial cariño, quedando la parte del cabello apenas apuntada. Unos pocos brochazos dados alrededor de la cabeza la enmarcan, pero sin cubrir el lienzo. El vestido, apenas se inicia con unos lijeros toques que delimitan el escote.

Si fué un retrato, no se trata de uno más de la serie, un encargo más; cautivado el artista por la belleza de la modelo captó lo esencial del mismo y dejó campearse su temperamento y este boceto, le serviría más tarde

si acaso, para cumplimentar un trabajo definitivo terminado al gusto de la moda (Lám. VII).

La acuarela, tan pujante en el pasado siglo, fué cultivada por la mayoría de los pintores del ochocientos. Caba la trató de una manera personal; técnica concienzuda sin toques de relumbrón, ahondando en las calidades y en las formas, logra una posición muy propia dentro del género. Un personaje masculino de los llamados de «casaca y peluca», colocado de pié, cercano a un mueble, en actitud de recoger unos papeles, está hecho con toque, fino y cuidado, insistiendo en el logro del brillo de las telas y del relieve de la talla del mobiliario, recordándonos la posible influencia que pudiera ejercer sobre su autor, el famoso «Contino» de Fortuny. Esta bella acuarela, por tener este punto de impersonal, la consideramos inferior, a nuestro modesto parecer, a la que rindiendo culto al tipismo, plasma con personalidad a un labriego vestido con calzón corto y tocado con un pañuelo, que, pese a sus pequeñas dimensiones, nos conquista por lo muy lograda y densa (Lám. VIII).

El olotense Joaquín Vayreda cúidase, como siempre, en un pequeño lienzo, de dar la nota lírica, mostrándose emotivo en un paisaje en grises y en verdes, lleno de equilibrio y serenidad. Un árbol, en primer término, graciosamente pintado, nos resulta el fragmento mejor (Lám. IX).

R. V. Cordero, sevillano, hermano del famoso Villegas, que firmó con su segundo apellido para distinguirse de éste, fué también un excelente pintor. Posee del mismo, la Escuela, una acuarela de gran calidad titulada «La cocciara» figura femenina tratada y resuelta con gran desenfado. Visitó su autor Roma como tantos pensionados de su época, cultivó la anécdota y el costumbrismo y como casi todos los que fueron a estudiar en tierras italianas, remitió un tipo popular o la inevitable «laguna pontina». Su sistema de manchar en grande, dejando correr el agua en abundancia, simplificando sabiamente, justifica sus éxitos y las recompensas obtenidas en nuestra patria y fuera de ella.

Una buena muestra del arte de Luis Rigalt la tenemos en un paisaje de delicada factura, fino, trabajado con poquísima materia que apenas cubre la tela, de entonaciones sordas y que sin renunciar al realismo tampoco olvida la nota romántica, cuidando de mantener la poesía del momento en que se inspiró el pintor, ennobleciendo los pocos y sobrios elementos que integran este paisaje, animado con dos pequeñas figuras.

Dos pequeñas acuarelas, del mismo autor, nos dan una muestra del culto que dedicaban los maestros del pasado siglo a un género — como hemos dicho antes — dentro del cual contamos con verdaderas genialidades. Nos lo confirma una vez más, las dos que se poseen debidas al escultor Rosendo Nobas, las cuales si nos muestra su entusiasmo, no logran destacar. El paisaje, de colorido convencional pero pulcro en su trazado, supera al estudio de desnudo, que aprovecha para llevar a término un tema más ambicioso al reproducir, conjuntamente, el local donde posaba el modelo, seguramente un centro de enseñanza, con varios concurrentes al mismo, todo tímidamente solucionado.

Del aragonés Agustín Salinas formado en la Escuela Superior de Pintura de Madrid, pensionado más tarde para que fuera a Roma, en 1883, seguidor del valenciano Benlliure, podemos contemplar una bella figura de campesina —acuarela—, resuelta con pasmosa seguridad de meditada y segura pincelada con una insistencia en conseguir lo que se propone que no llega al cansancio en ningún momento. El dibujo es correctísimo. Al óleo un retrato masculino de media figura y a tamaño natural deja traslucir una briosa maestría.

Estas obras con alguna de menor cuantía, forman una colección llena de interés, dignísimas en todos conceptos.

Finalmente, cuenta en sus fondos, la Escuela, con una colección de grabados de las más diversas procedencias, alguno de la Real Calcografía, de los que no damos una nota detallada por estar pendientes de catalogación.

Creemos de interés la publicación de la presente nota, por suponer ignorada para muchos aficionados a las cosas de arte, de la existencia de estas pinturas que, juntamente con otras guardadas en depósito, justifican el ser visitadas y admiradas por cuantos pasen por la capital ampurdanesa.